

Los Libros

«GUAUGUAU Y SUS AMIGOS, por *Luis Durand*

Es una historia de perros. Está destinada a los niños, y eso no impide que los hombres la degustemos. En unas 80 páginas ha encerrado Luis Durand el cuento y lo ha editado Rapa Nui, que lleva en una sección especial unos 30 volúmenes de cuentos infantiles. Bien empastado y con dibujos interpretativos de Jorge Christie M., el inagotable autor de Chu Man Fú, que diariamente se publica en «El Diario Ilustrado». «Guauguau y sus amigos» es una simpática historieta que, tanto muestra la fecunda y variada fantasía de Luis Durand, como su amor a la naturaleza; y esta naturaleza es la que han visto sus ojos y alimentado su alma de artista, la del sur de Chile.

Los perros han tenido siempre amigos entre los hombres. Ciro Alegría, escritor peruano escribió no ha mucho «Los perros hambrientos», editado aquí por Zig-Zag; historia vívida de un perro, pero cuya vida zarandeada cobra vigor entremezclada con los campesinos de quienes depende. Y venga aquí como un dato curioso de la vida aventurera de un periodista bohemio que aquí conocimos, Claudio de Alas, de quien se cuenta que se suicidó en Buenos Aires, recostado sobre el perro—su único amigo fiel—al cual mató primero.

«Guauguau» es una historieta poética. Diríase que la imaginó para dar vida a la naturaleza y sus pobladores—pájaros y

animales—que la animan. Porque los amigos de Guauguau no son los hombres, sino los animales que pueblan la selva y los cuales, en el sentir del autor, forman una gran colectividad fraternal.

Guauguau es perro guardián de una casa de campo, atado a una cadena a la puerta de una caseta de madera, y suelto de noche, cuando todas las salidas se cierran. El muchacho que lo vigila suele olvidarse de darle a tiempo su ración de alimento de porotos con chicharrones.

Guauguau ansía libertad. Desde su caseta observa la vida de sus amos, que sólo lo toman en cuenta como guardián de la casona. Y un día, en que una niña le sacó el collar, vió abierta la puerta por donde había entrado un coche y se lanzó al campo. Al fin, libre. Corrió a perderse. Sintió hambre y preguntó a una lloica dónde hallaría que comer; la cual desde las ramas de un maitén, contestó:

—Soy señoriita, soy señoriita, pero lo disculpo, pero lo disculpo. U viiitas, u viiitas. Ande más allaciiito, están muy riicas.

Copio la respuesta de la lloica, para mostrar cómo Durand procura hallar la armonía imitativa del canto de los pájaros.

Guauguau se harta de uvas en una viña vecina. Y satisfecho, se lanza a correr mundo. La liebre que lo guió a la viña y le enseñó a esquivar las trampas que arman los dueños, le hizo ver cómo un zorro nuevo había quedado preso en una. Guauguau lo liberta y el zorro—ingrato como es—lo puso en comunicación con un gran zorro, capitán de una banda de ladrones de gallineros. Lo enrola en la banda; toma parte en un asalto, en que el capitán es muerto de un balazo. El zorrillo lo endilga hasta la residencia de un puma, que en un descuido le salta encima y de cuya zarpa logra zafarse y escapar.

Por fin, en el albergue en una gruta de vacas, una liebre vieja y de buena alma, encuentra un asilo, donde reposar y un buen consejero. Sus aventuras terminan, después de muchas correrías,

en que encuentra una perra joven tras una reja. Conversan y ella consiente en acompañarlo, escapándose por un hueco bajo reja y tapado por matas de cardenales.

Don Ratuso, un viejo ratón paternal, sastre de oficio, los casa y asistieron a la boda don Liebre, doña Cola Negra, que era su hija y todas las amistades de don Liebre. Era noche de luna, que aparecía sobre el horizonte. El cuento termina así:

«Guauguau dió un aullidito de placer, exclamando: ¡Ves, Diana? Esa estrella es la amiga que nos acompañará siempre. Es la estrella de nuestra felicidad. Unas diuquitas amigas que estaban en unos hualles, dijeron: —Sí, sí, chiu, chiu...»

Y con sus trinos les alfombraron el camino de música».

En las andanzas de Guauguau todos los animales y los pájaros toman parte para aconsejarlo, señalarle el camino, huir de los peligros. Los pájaros en sus vuelos, lo ven todo y todo lo husmean. Y se entienden entre ellos. Durand los conoce, los nombra y procura imitar su canto.

La imaginación infantil tiene un vasto campo en que corretear. Y es campo chileno.

No puedo menos de celebrar y admirar la multiplicidad de la imaginación de Luis Durand. En sus novelas ha hecho moverse, padecer y gozar a los campesinos; nos ha trazado en «Presencia de Chile», un mapa pintoresco de nuestra patria, su riqueza forestal y agrícola, su flora y su fauna como el mejor estadístico y ahora incita a los niños a querer su tierra y sus criaturas. Es una fantasía fértil y variada, como tierra de pan llevar.—M. C. P.

(El Diario Ilustrado, 9-V-948).



«ROBLE HUACHO», de Daniel Belmar. (Cultura 1947)

Desde el relato intrascendente, meramente descriptivo del paisaje—anémica descripción casi siempre—que es gran parte